

Título de la ponencia: “Una poética insurreccional: en torno de las ficciones de Liliana Bodoc”

Prof. Lic. Adrián Ferrero
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata.

Dirección de e-mail: adrianferrero@ciudad.com.ar
ferreroadrian@yahoo.com.ar

Remontándonos a tiempos inmemoriales, no hacemos sino desubjetivarnos, esto es, desenmascarar una fuerza irónica por quitarnos de encima todo ese lastre de categorías, farsas, mentiras, falacias y sistemas de creencias, que no encubren sino tipologías de ideologías sociales siempre en combate, en perpetuo devenir, que no hacen sino cubrirnos de velos. Del trazo rupestre en la caverna a la cueva al correo electrónico una disputa, una batalla abierta a proseguir atraviesa esos códigos y esos soportes tan diversos, y no es solo la factura y la fuerza tempestuosa de la Historia (las mayúsculas no hacen sino ratificar el orden de las categorías, es decir, reforzar mis propias contradicciones internas) lo que impulsa ese combate, ni mucho menos la así llamada “lucha de clases”, sino un conjunto de expectativas, deseos y tabúes que pugnan por tornarse inteligibles.

En efecto, trazar figuras o formas en una superficie pedregosa, rugosa y firme, tónica pero frágil a la vez, supone la cognición y ahuyentar un fantasma, el miedo a proyectarnos en representaciones que emerjan de los sujetos sociales, que más tarde se compartan y más tarde se propaguen hasta la feliz o incordiosa Babel feliz de la actualidad, esto es, signo y semiosis social.

Creo que la épica no hace sino, también, señalar otro paso traumático, que no se conquistó sin dolor y sin residuos dolorosos, que fue de la oralidad a la así llamada escritura o las escrituras, en la medida en que los plurales son más respetuosos de los

matices y la diversidad. Murmullos de una agonía o gritos de un parto, formas de la comunicación asociadas al alarido del ataque, la alarma, la defensa o el coito, en fin, esas reacciones tan humanas como primarias: el miedo, la angustia, la amenaza, el fragor tempestuoso del deseo y del amor que aún nos gobiernan, como pulsiones o tensiones siempre productivas. El de Eros y Tánatos, en cuyo entremés figuraciones de la ternura resultan convincentes de que no somos solo seres brutales.

¿Por qué aludo a todo esto en una ponencia sobre literatura y literatura de Liliana Bodoc en particular, a un fragmento de su poiesis múltiple y afortunadamente multipremiada? En principio porque gran parte de sus esfuerzos han estado orientados a recuperar tradiciones sepultadas, procesarlas con nuevas miradas y perspectivas actuales, con nuevos idiolectos literarios, pero respetando su vigencia, y en procesarlas hacia el orden de la forma novelística tal como hoy se la concibe. Si bien su descomunal potencia estriba en la captación épica del sustrato aborigen e hispanoamericano en general, o al menos extensible a él, también ha tornado ese sustrato de un modo cabal y feliz una reminiscencia de las antiquísimas formas narrativas orales épicas y sus técnicas de captación y apropiación de la guerra y de la magia, cuyas motivaciones eran en general, una vez más, el amor, esta vez al poder y la ambición por la hegemonía o la victoria invicta. Cuando Liliana Bodoc escribe es como pocos y pocas escritores y escritoras consciente de esa memoria o desmemoria (que comparte entre unos pocos con la norteamericana Hilda Doolittle (también llamada por el apócope como H. D.) y María Negroni, además por supuesto de los originales anónimos, por mencionar solo personas de su género y del siglo XX) que todo ejercicio de escrituración supone, pese a que ignore esa desmesura, o finja ignorarla. Ya Julia Kristeva, como es sabido, presentó en los elegantísimos seminarios parisinos de Roland Barthes a los que asistía (como a los de Michel Foucault) toda la *intelligentsia* europea y también americana becada, su

teoría de las textualidades, al irrumpir desde la periférica Bulgaria con sus traducciones directas e inéditas en francés de Mijaíl Bajtín y su poética crítica de la polifonía, los géneros discursivos, las interdiscursividades y la carnavalización. Luego Kristeva, por supuesto con sumo mérito, cómo dudarlo, insertaría algunos de esos principios específicamente al orden literario con su conocida teoría de la intertextualidad, en la que no me explayaré aquí.

Tomaré de estos autores solo lo que me interesa o solo lo que me conviene, para ser más honesto, en el presente trabajo que ejerce Liliana Bodoc con el lenguaje y las tradiciones. Sus textos son formas de reescritura ficcionales nada bucólicas, reelaboraciones creativas, no meramente miméticas, sino profundamente novedosas y líricas de un pasado que la violencia material y simbólica de la conquista se ocupó muy bien de borrar y mutilar, como a sus actores sociales. Si la conquista fue a su manera una forma de represión social sobre lo más originario y sobre la que se edificó otro tipo de subcultura, la obra de Bodoc viene a desatar los nudos y la mordaza histórica.

Lo fantástico, no obstante, ya despuntaba en las crónicas de Indias, desde el exotismo, cuando los jóvenes expedicionarios asistían al espectáculo jolgorioso y eréctil de las aborígenes desnudas o los papagayos multicolores, cuando degustaban las frutas tropicales y se emborrachaban con las bebidas alcohólicas aborígenes. Los cronistas describen esas formas borrosas y esos contornos inéditos con la idea próxima a la fabulación más excesiva y la desmesura, pero ante todo, como es sabido, desde su eurocentrismo hegemónico.

Imagino que igual fascinación primero y más tarde horror no menos que daño y dolor habrán experimentado los y las aborígenes, sometidos a tormentos, trabajos forzados y violaciones donde las enfermedades venéreas, los partos múltiples y la profilaxis por cierto no se habían aún desparramado por el planeta, que se pensaba

abarcable y breve a la vez. También a la imposición de una religión que no era la propia y que, por ejemplo en el cuento “La noche boca arriba” también desde otra mirada Julio Cortázar cruza con maestría exegética.

Además de admitir por supuesto filiaciones de su obra digamos “épica” de Liliana Bodoc con la argentina María Negroni y sus célebres libros *Isladia* y *El sueño de Úrsula* (más próximo este último que el primero, pero compartiendo el espíritu), no menos potente resulta el impulso previo de Borges, que difundió y catapultó la épica varonil a niveles de canonización y difusión en nuestro país funcionales a su poética y la de otros autores y poetas. *Kalpa Imperial*, de Angélica Gorodischer, subdividido en dos partes, editadas en 1983 y 1984 marca otro hito, esta vez por mérito propio y por narrar en segmentos independientes pero alusivos la dictadura y la postdictadura argentina o de otros signos. También por proseguir con esa línea de la épica redondeada por mujeres y concebir un universo utópico y distópico a la vez, un Imperio imaginario, donde lo oriental, lo prodigioso y lo mítico urden una trama de una enunciación indestructible.

Por supuesto que estas obras nacionales no están solas. Hay toda una tradición universal que desde antaño, con Thomas Moore, su *Utopía*, y las distopías que desde Orwell hasta Ursula Le Guin, o acaso Lovecraft conforman y transforman perpetuamente un dibujo que no me atrevo a cerrar porque mis lecturas no pretenden ilusión de totalidad sino de inconclusión y apertura.

Pero tampoco podemos olvidar los espacios o toponimias ficcionales que desde William Faulkner hasta Gabriel García Márquez vinieron a incidir en el sistema literario desde una perspectiva más cruel o más humorística, más experimental o más paródica. La truculencia y la violencia de Faulkner asociados al fluir de conciencia, deudor a su vez de James Joyce, prosigue en García Márquez con la parodia lúdica de los apellidos y las prosapias que en lo personal más dan más pudor y vergüenza ajena que orgullo. En

la frase anterior la disyunción que separaba a Faulkner de García Márquez repartía los roles y los atributos que mediaban, como se imaginará el lector o el oyente, entre el condado de Yoknapatopha y Macondo. También el Comala de Juan Rulfo podría encajar en este rompecabezas, de un modo igualmente sardónico e infértil.

Recurro a estas genealogías porque sería infiel al espíritu que alumbra toda la obra de Liliana Bodoc: los valores de colaboración, de impugnación de cualquier forma de violencia incluida la autocracia y el totalitarismo, el respeto hacia los semejantes, la dislocación de lo deforme devenido don, el orden de lo ordenado como forma encubierta de desorden y subordinación convencionalizadas, las desemejanzas como zonas de convergencia y complementariedad y no de separación, hostilidad o incluso burla, el amor a la palabra y el creer, y esto es el nudo al que deseo apuntar, en el poder transformador de la palabra o del trabajo humanos sobre el orden de “lo real”, siempre, lo sabemos, descrito por tantos e influyentes intelectuales como injusto y castigador.

Para no ampliar un panorama que he abierto, creo en demasía y tendería a la dispersión, me gustaría celebrar primero y proceder a una exégesis o lectura más detenida de un cuento en particular que sentí muy próximo a mis preocupaciones, a las problematizaciones que he desarrollado antes y a un universo que experimento representativo de toda su poética, que no es ni lineal ni posible de homogeneizar en un solo vector, sino en unánimes líneas de fuerza que, como una aspersion, tienden a lo múltiple y lo mágico.

Entiendo que, afín a la escritura de este texto, mi lectura estará sesgada, como es habitual en las lecturas, y más que pretender disimularla, seré bien explícito en el sentido de que es un texto que me hubiera gustado escribir, quiero decir que admiro profundamente. Se trata del cuento “Después de los lobos”, incluido en su libro de cuentos *Amigos por el viento*. Respecto del viento, como fenómeno meteorológico, la

autora mencionará más tarde, en otro libro: “El viento nos hace recordar la anchura del mundo. Y tiene mucho que ver con la vida” (Bodoc, 2008: 73). Es esa misma experiencia vital la que se respira, la que el viento permite inspirar en su obra, una obra tocada por la esquiva música de los dioses. Y no se trata de un Olimpo inalcanzable sino de un universo perfectible en el cual lo cotidiano, por lo general injusto o al revés, en palabras de María Elena Walsh, se torna absurdo y, por lo tanto, visible y pasible de ser modificado. Bodoc desoculta a través de la invención y ciertos relatos o figuraciones del poder y la injusticia, acaso lo distópico. “Algo huele a podrido en Dinamarca”.

¿Utopista? ¿Libertaria? Prescindamos de adjetivos reduccionistas en una obra tan rica en matices, en contenidos, en formas, avezada en desplegar el color y las técnicas y estrategias narratológicas, como también lo es, apelando a otros imaginarios sociales, la de María Teresa Andruetto o la de Ema Wolf.

En principio referiré brevemente el asunto del cuento, lo que siempre resulta absurdo en un texto que pretende dar cuenta de la libertad y el goce de leer y escribir. El marco de una Jornada supone ciertas convenciones a las que ponentes o expositores y oyentes o tal vez lectores debemos atenernos. La institucionalización del saber y de la palabra nos imbuje de poderes, de permisos y privilegios, pero también de obligaciones compulsivas, insoslayables. De modo que diré que el argumento de este cuento alude al modo como, luego de una vida salvaje, a la intemperie, cruda y brutal, un grupo de lobos, oriundos de una manada, “no pudieron, no supieron o no quisieron” seguir siendo lobos prosiguiendo con ese *statu quo*. Empezaron a contemplar los albores, las fogatas de los hombres y las mujeres y lenta pero inextricablemente se acercaron a ellas. Al comienzo con reticencia, más tarde con audacia y hasta cierta precocidad atrevida. Esa subgrupo de desertores se aparta de la jauría, explora un nuevo territorio de lo vincular y se despegas de sus semejantes al tiempo que se distingue de ellos, mediante una praxis

diferente, un comportamiento animal, para entablar un tipo de relación fogosa afectivamente con los humanos. El cuento concluye con el siguiente párrafo, luego de un espacio tipográfico en blanco muy significativo:

“-Muy bien. Ya terminé mi cuento. ¡Vamos, Tobi, Es hora de volver a casa!” (Bodoc, 2004: 64).

Esa condensación de la temporalidad que por supuesto sintetiza de modo silencioso con el blanco de la página siglos o miles de años, además de encubrir un acto de afianzamiento de amor, una violencia simbólica y material: la de la domesticación de un animal salvaje. Porque si bien de manera antiquísima los lobos corrían sus peligros en su medio natural, debían pelear contra sus pares en riñas, rivalidades por el liderazgo, tanto por el poderío sobre las hembras y la capacidad reproductiva en el celo como con otras bestias o acaso salir de cacería para alimentarse de sus víctimas ocasionales, ahora se nutren de los tranquilizadores alimentos balanceados que garantizan proteínas y premios pero jamás el peligro ni el aire silvestre de la nieve y los espacios abiertos. Dependen de que su amo, y aquí la palabra “amo” no es neutral, por más que involucre amor, los saque a pasear con una correa.

Más allá de su elección azarosa (que no intuyo), la elección de lobos remite al universo fabular de Esopo, La Fontaine y otros antecedentes célebres, pero esa hominización del animal es aquí transgredida no solo porque no existe ni se postula ni acaso se fomenta una moraleja aleccionadora sino porque existe un trabajo con el lenguaje, con sus figuras y con sus tramas que aleja a la obra de la moralina y la conecta, en todo caso, con una moral de la forma o una política de la poética.

Y es aquí donde nuevamente la poética crítica (y uso aquí el término crítico en su acepción de revisión de paradigmas autoritarios y totalitarios) se inviste de una innovación y de una carga exploratoria que pone en contacto el orden seguro de lo

doméstico con lo más rudo y acaso brutal de la vida silvestre. Si entre las antípodas de la vida en la montaña o el bosque y la de un departamento en el centro de una urbe o de una metrópoli median miles de años de operaciones sociosemióticas, de orden material también, de conversión, reversión y transformación, y, por qué no decirlo, perversión, no menos cierto es que simétrica, especularmente el ser humano ha corrido igual suerte, aunque, una vez más, nos neguemos a admitir nuestros instintos, nuestras hormonas, nuestra testosterona y los estrógenos en la hembra humana, entre otras formas de fluidos fisiológicos con repercusiones psíquicas y sociales.

En la espesa selva de lo real, lo sabemos, el miedo a los lobos, el de Caperucita y el veloz de los documentales, es tan ancestral como los dibujos con una zarza en la tierra, el recuerdo narrado en una ronda de semejantes en torno de una fogata o las pinturas de la Cueva de Altamira, siempre están las violencias y los miedos, que no son sino formas de autodefensa contra lo impredecible y el azar.

Liliana Bodoc, impecablemente, nos recuerda en el acto de su escritura, de la escritura, no es un espejismo ni epifanía sino un palpable poema escanciado por generaciones de hombres y mujeres que en ocasiones arriesgaron la vida por la vida de sus semejantes. La propia vida. Y eso, además de decisivo, resulta a mis ojos trascendental, acaso imprescindible.

Bibliografía consultada

- Bodoc Liliana. *Saga de los Confines*. Buenos Aires, Editorial Norma.
- Los días del Venado*. (2000), Buenos Aires, Editorial Norma.
- Los días de la Sombra*. (2002) Buenos Aires, Editorial Norma.
- Los días del fuego*. (2003). Buenos Aires, Editorial Norma.
- Bodoc, Liliana. (2003). *Diciembre Superálbum*. Buenos Aires, Editorial Alfagura.
- Bodoc, Liliana. (2004). *Sucedió en colores*. Buenos Aires, Editorial Norma. Ilustraciones de Matías Trillo.
- Bodoc, Liliana. (2007) *Reyes y pájaros*. Buenos Aires, Editorial Norma. Ilustraciones de Matías Trillo.

- Bodoc, Liliana. (2007) *La mejor luna*. Buenos Aires, Editorial Alfaguara. Ilustraciones de Eugenia Nobati.
- Bodoc, Liliana. (2008) *Amigos por el viento*. Buenos Aires, Editorial Alfaguara, Colección Juvenil, 2004. Ilustraciones de José Sanabria.
- Bodoc, Liliana. (2008). *El mapa imposible*. Buenos Aires, Editorial Alfaguara, Colección Juvenil.
- Bodoc, Liliana. (2009) *Presagio de carnaval*. Buenos Aires, Editorial Norma.
- Calvino, Italo. (1972). *Las ciudades invisibles*. Madrid, Editorial Siruela. Traducción de Aurora Bernárdez. Título del original italiano: *I città invisibile*.
- Gorodischer, Angélica. *Kalpa Imperial*. (1983-1984). Buenos Aires, Editorial Emecé. Primera edición en dos volúmenes respectivamente en Editorial Minotauro de Buenos Aires. Edición en un volumen en 2002.
- Kristeva, Julia. (1998). *Sentido y sinsentido de la revuelta. Literatura y psicoanálisis*. Buenos Aires, Editorial Eudeba. Traducción de Irene Agoff.
- Negroni, María. (1994) *Islandia*. Caracas, Monte Ávila Editor.
- Negroni, María. (1998) *El sueño de Úrsula*. Buenos Aires, Editorial Planeta.
- Snorri Sturluson. (1986) *Saga de Egil Skallagrimsson*. Buenos Aires, Editorial Hyspamérica, *Colección Biblioteca Personal de Jorge Luis Borges* (con la colaboración de María Kodama). Traducción y Notas de Enrique Bernárdez.
- Sontag, Susan. (2007) *Bajo el signo de Saturno*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana. Primera edición de 1972.